

LA PRINCESA Y EL DUENDECILLO



La Princesa y el Duendecillo

BIBLIOTECA NACIONAL DEL DOCENTE
Y DEL ESTUDIANTE ARGENTINO

PRINTED IN ARGENTINA

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

LA PRINCESA Y EL DUENDECILLO

Una vez había un duendecillo muy listo, llamado Búdín. Poseía seiscientos libros de magia y conocía más fórmulas de encantamientos que nadie, pero andaba buscando uno muy difícil, que no podía encontrar.

—¿Cómo podría rejuvenecer a la gente?—se preguntaba.—¿De qué manera lograría que volviesen a brillar los ojos viejos y se enderezasen los miembros ya encorvados por la edad? Si lo supiese, me haría rico.

Leía sin cesar sus libros de magia y luego interrogaba a todos los brujos y encantadores, pero nadie podía indicarle lo que buscaba.

Un día decidió probar un encantamiento. Preparó seis violetas, cogidas a la salida del sol, cuatro pelos de la cola de un cordero, cogió al vuelo la sonrisa de un niño de un mes, tomó un pelo del bigote de un gatito y otras muchas cosas raras con las que realizó su propósito de la manera que os vamos a contar.

Las mezcló en un pote azul y encendió una hoguera en la falda de la colina. Y todas las mañanas, al apuntar el día, agitaba la mezcla siete veces y pronunciaba unas palabras mágicas, que no podemos repetir.

Finalmente, cuando el brebaje estuvo preparado, dió unas gotas a su viejo gato negro. Ya se podrá imaginar su alegría al notar que el viejo animal empezaba a jugar como si tuviese dos meses de edad.

—¡Ya he encontrado lo que buscaba!—exclamó el duendecillo.—Ahora me haré rico.



TODAS LAS MAÑANAS, AL AMANECER, AGITABA SIETE VECES LA MEZCLA

Pasó los dos días siguientes anotando los detalles de su descubrimiento, pero al tercer día pudo observar que el gato estaba tan viejo como antes y aun más triste y desalentado.

—Al parecer, falta algo en ese brebaje—pensó Budín.—Me habré olvidado de un ingrediente importante. ¿Qué será?

Se sumió en sus reflexiones, indagó en varios libros y, al fin, descubrió que si todos los días y durante un mes, mezclaba a su compsiación un dorado cabello de una princesa de diecisiete años, lograría su objeto.

En seguida comprendió Budín la dificultad de obtener los treinta cabellos dorados y cuán difícil sería además que se los diese una princesa.

Sin embargo, decidió probar. Llamó a Pipo, su criado, y le ordenó que se pusiera unas alas de murciélago para ir a visitar a todas las princesas del mundo, en busca de una que tuviera diecisiete años y el cabello dorado.

—Menos mal que podemos escoger entre tres.

—No es así, amo mío—declaró Pipo,—porque una de las princesas cumplirá mañana dieciocho años y la otra se va a teñir el cabello de negro, para complacer al rey con quien va a casarse.

—¿Y la otra?—preguntó Budín, desalentado.

—Tiene diecisiete años y el cabello rubio como el oro. Pero nunca lograréis, señor, el permiso del Rey para que su hija os dé los treinta cabellos de oro. Ese monarca no permite que en su reino haya un solo duendecillo.

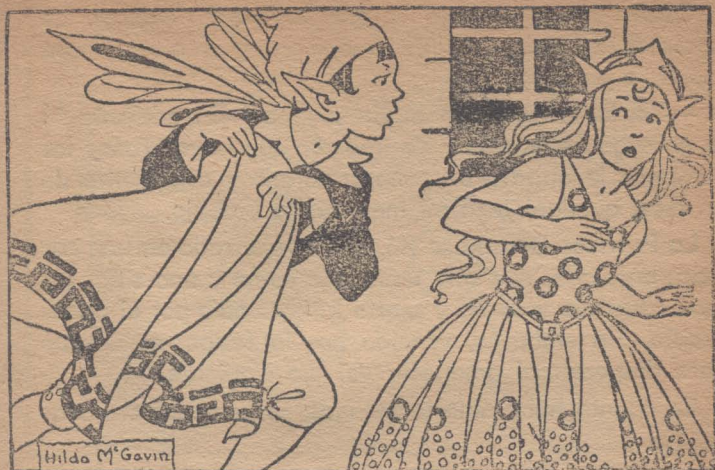
Budín se quedó muy preocupado. Comprendió la imposibilidad de pedir permiso al Rey y además había otra circunstancia que él no comunicó a Pipo: La princesa cuyos cabellos utilizase perdería su belleza al final del mes y se convertiría en una anciana.

Pero el duendecillo no renunció a sus planes. De un modo u otro se proponía lograr aquellos cabellos. Permaneció despierto toda la noche y, al llegar la mañana, había tomado una resolución.

Raptaría a la princesa para llevársela a su cueva. Allí, cada mañana, le arrancaría un cabello y podría completar su brebaje encantado.

De acuerdo con este plan emprendió la marcha envuelto una capa que lo hacía invisible. Solamente los animales podían verlo y éstos retrocedían asustados ante su paso.

Al mediodía llegó al palacio de la Princesa Dorada.



BUDÍN CUBRIÓ A LA PRINCESA CON SU CAPA

Estaba sola en su cuarto, ensartando unas perlas que se proponía llevar aquella noche. Budín, sin ser visto, penetró en la estancia y cubrió a la princesa con su capa con lo que la joven se hizo invisible. Pero como empezó a gritar, sus doncellas acudieron corriendo.

Pero aunque las criadas miraban en todas direcciones, no pudieron ver cosa alguna.

Budín salió presuroso con la princesa y entonces fueron los criados quienes se quedaron muy asombrados al oír la voz de su ama, a la que les era imposible ver.

—¡Me rapta un duendecillo horrible!—gritaba Dorada.—¡Oh, venid a salvarme!

El Rey salió presuroso al oír la voz de su hija, y los soldados corrieron de un lado a otro, pero nadie podía hacer cosa alguna, porque tanto la princesa como su raptor eran invisibles.

Cuatro horas después la princesa se hallaba ya en la cueva de Budín. Éste hizo rodar una gran piedra, para tapiar la entrada.

—Ya la tengo—dijo Budín a Pipo.—En adelante tú te encargarás de ella y de impedir que huya. Todas las mañanas le quitaré un cabello dorado y así, dentro de un mes, quedará listo mi maravilloso brebaje.

La Princesa Dorada se vió, pues, encerrada en una cámara enrejada, que sólo tenía una cama y una silla. Estaba asustada y triste, y sentía intenso odio por el duendecillo. Sin embargo, vencida por la fatiga, se durmió para despertar al amanecer del día siguiente.

En cuanto hubo abierto los ojos, se presentó el duendecillo.

—Dame un cabello de tu cabeza—le dijo.

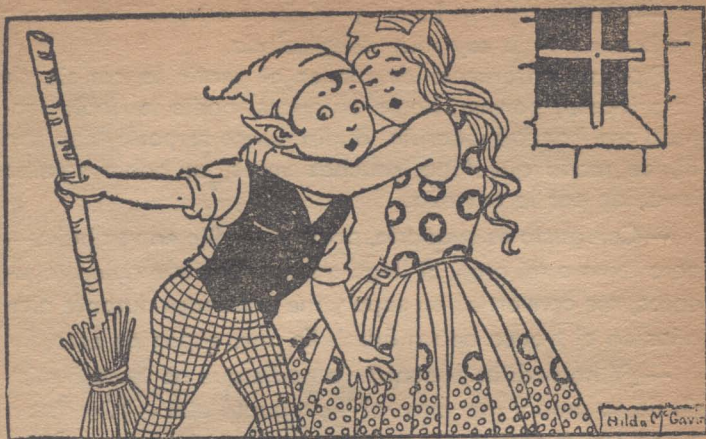
—No quiero—contestó Dorada.—No te daré ni uno. ¿Cómo te has atrevido a raptarme de mi palacio? Cuando lo sepa mi padre, vendrá a salvarme y te castigará.

Budín le arrancó un cabello y luego le dijo:

—Ya lo tengo. Durante un mes vendré todas las mañanas a buscar un cabello y dentro de treinta días perderás tu juventud y tu belleza. Ese será tu castigo por la grosería con que me tratas.

La princesa, como respuesta, le dió un fuerte bofetón, con lo que Budín se irritó mucho. Se sentía deseo de dar una buena zurra a la princesa, pero no quiso entretenerse para no perder el momento del amanecer.

La princesa se echó a llorar y luego quiso abrir la puerta, pero estaba muy bien cerrada. La golpeó, aunque en vano, pero, por fin, oyó que descorrían los cerrojos y vió aparecer a Pipo.



DORADA ACARICIÓ A PIPO Y LE ROGÓ QUE LA SALVASE

Este, al observar las lágrimas en el rostro de la hermosa princesa, le dijo:

—No lloréis, Princesa Dorada. Sólo habréis de permanecer un mes aquí. No os ocurrirá nada malo y luego os llevaremos sana y salva a vuestro palacio.

—Te engañas — replicó la princesa. — Ese horrible duendecillo me ha dicho que, al terminar el mes, perderé mi juventud y mi belleza.

El buen Pipó, al oír aquellas palabras, se quedó aterrado. Nunca había visto a una jovencita tan hermosa como la princesa y no tuvo fuerzas para pensar siquiera en que pudiese volverse fea y, sobre todo, ser desdichada.

La joven notó la triste expresión de su semblante y acariciándole el rostro con su manita, rogó:

—¡Oh, hazme un favor! ¡Ayúdame a huir! Tienes cara de bueno. Y yo soy muy desgraciada.

Pipo se estremeció de placer al sentir la caricia de la princesa, porque, hasta entonces, nadie le había tratado con bondad y cariño. Budín nunca se portó bien con él, de modo que Pipo, muchas veces, se había sentido invadido por la tristeza.

—Con gusto os ayudaría, princesa—dijo en voz baja,—pero temo a mi amo. Si llega a sospechar que quiero ayudaros, me convertirá en sapo y me encerrará durante cien años en el tronco de un árbol. Es muy capaz de esto.

—¿Y no podrías encontrar a nadie que no tuviese miedo de tu amo y me salvara?—preguntó ella.—¡Oh, buen Pipo! Ve a comunicar a alguien en qué lugar me encuentro.

—Bueno—dijo Pipo temblando por anticipado al pensar en la cólera de su amo.—Esta noche, cuando Budín esté dormido, saldré.

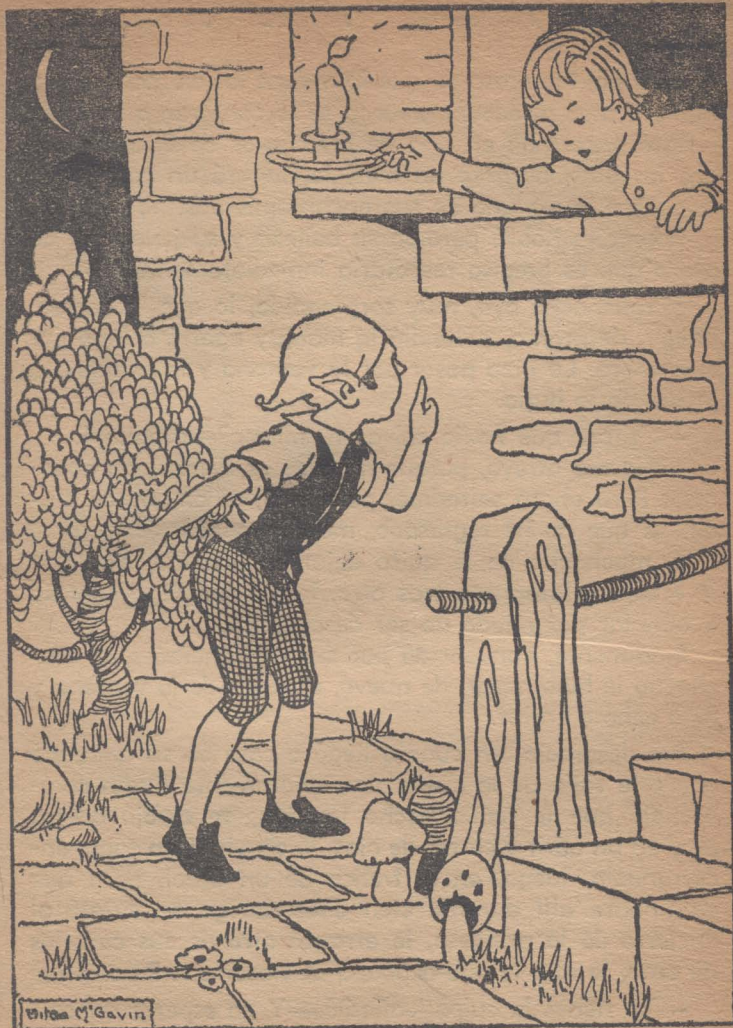
En efecto, aquella misma noche, cuando el duendecillo estaba roncando en su cama, Pipo salió de la casa. No sabía a dónde ir, ni a quién dirigirse, desde luego, pero el recuerdo de la princesa le animaba. Tenía poco tiempo, porque pronto amanecería y a tal hora Budín se levantaba.

Por fin el criado llegó a una casita en la que vivía un anciano, su mujer y su hijo, que aun era muy joven.

Pipo llamó suavemente. Despertó el anciano y mandó a su hijo que averiguase quién llamaba. El joven se asombró mucho al ver a un enanito al pie de la ventana.

—¿Qué quieres?—le preguntó.

—Traigo un mensaje de la Princesa Dorada—mur-



TRAIGO UN MENSAJE DE LA PRINCESA—DIJO PIPO
EN VOZ BAJA

muró Pipo, temeroso de que lo oyesen los animalitos que hubiera a su alrededor y luego se lo contarán a su amo. —Está encerrada en una de las cuevas de Budín, y todos los días, durante un mes, le quitará un cabello de oro, para hacer uno de sus encantamientos. Y, al final, la pobrecita habrá perdido su belleza y su juventud, de modo que es preciso rescatarla inmediatamente.

El muchacho oyó, muy sorprendido, lo que le decían. Luego, de pronto, extendió la mano y agarró a Pipo por el hombro. Lo hizo pasar por la ventana y lo examinó a la luz de la bujía.

—¿Y por qué no la salvas tú mismo?—preguntó.

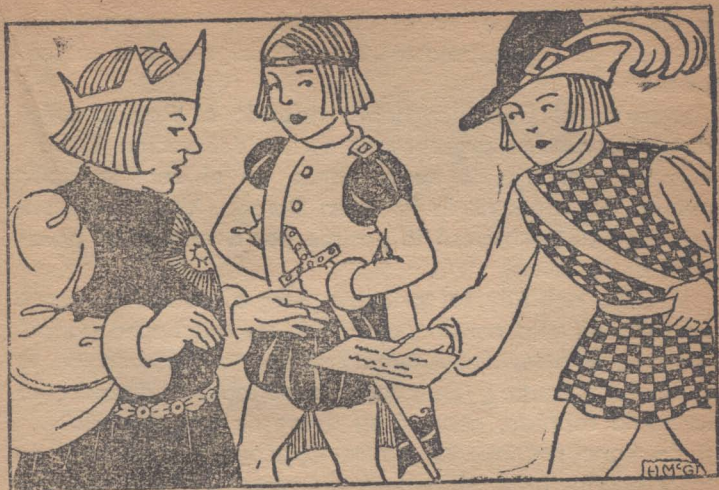
—No me atrevo, porque mi amo es demasiado poderoso. Pero ahora soltadme, porque si, al amanecer, Budín ve que no he regresado, me castigará.

El muchacho no le quiso dejar en libertad, sino que le hizo una pregunta tras otra, hasta que Pipo empezó a temblar por miedo de ser descubierto.

Finalmente, convencido por sus explicaciones, el muchacho le hizo pasar, de nuevo, a través de la ventana y Pipo echó a correr.

Por desgracia, en cuanto llegó a casa de su amo, vió que éste salía de la cueva. Inmediatamente Budín comprendió que le había hecho traición; se arrojó contra él, y en un abrir y cerrar de ojos, lo convirtió en sapo, encerrándolo, luego, en el tronco de un árbol, para que continuase allí durante cien años. Luego se dirigió al encierro de la princesa, le arrancó otro de sus cabellos de oro y le dijo lo que acababa de hacer con Pipo.

—Tú tienes la culpa—añadió.—Y no esperes ser salvada, porque ante la puerta he trazado un círculo mágico, de modo que quien lo atraviere, se convertirá en humo.



EL MENSAJERO ENTREGÓ UNA CARTA DE UN REY VECINO

Abandonando luego a la asustada princesa, se encaminó al pie de la colina para continuar la confección de su brebaje mágico.

Por fortuna, el muchacho que conociera Pipo era muy listo, y quiso convencerse de que aquello era cierto. Siguió a Pipo en su camino de regreso y, horrorizado, presencié su transformación en sapo.

Inmediatamente, el muchacho resolvió salvar a la princesa. Echó a andar hasta que llegó a un gran edificio, en el que vivía el Canciller del Rey. El muchacho se presentó a él y le relató la historia que le había contado el pobre Pipo, más lo que había visto.

El Canciller le prometió que iría a visitar al soberano

y en caso de que, en efecto, hubiese desaparecido la princesa de algún palacio real, le otorgaría una recompensa.

Apenas el Canciller había referido al Rey lo sucedido, cuando se presentó el correo del vecino Estado, con un mensaje de su monarca, en el cual se daba cuenta del rapto de la Princesa Dorada. Y su padre suplicaba que se hiciese lo posible por averiguar el paradero de la joven.

El hijo del Rey, el príncipe Alegre, estuvo presente en toda aquella conversación. Era un muchacho guapo, valeroso y atrevido. Además, estaba enamorado de la Princesa Dorada y en cuanto supo que el duendecillo la había raptado, expresó su deseo de ir a salvarla.

En vano fué que su padre le aconsejara desistir de tal empeño, ante el peligro de verse transformado en algún bicho inmundado, porque el príncipe no le hizo ningún caso. Salió corriendo de la estancia, montó a caballo y se dirigió a casa del muchacho que avisara al Canciller.

Hízose indicar la vivienda del duendecillo, y una vez lo hubieron hecho, pidió que le dejaran a solas. Luego que hubo examinado aquel paraje, decidió salvar a la joven, valiéndose de la astucia.

Después de reflexionar un rato, volvió en busca del muchacho y le dijo:

—Lo mejor será excavar a través de la colina por el lado opuesto a la entrada de la cueva. Ahora que me convendría también hallar el medio de que el duendecillo no sospechara nada.

—Se me ocurre una buena idea, Alteza—dijo el muchacho.—Como ahora el duendecillo no tienen ningún criado, iré a ofrecerle mis servicios. De este modo me en-



EL PRÍNCIPE EXCAVÓ DURANTE TODA LA NOCHE

teraré del paradero de la princesa y, además, engañaré al encantador para que no fije ni un momento su mirada en la entrada de la cueva.

El príncipe lo felicitó por su buena idea y luego convinieron en reunirse por la noche.

Aquel valeroso muchacho no halló obstáculo en que el duendecillo terminara por estar alarmadísimo. carle cuáles serían sus deberes, Budín le ordenó vigilar muy bien la posible llegada de algún desconocido.

El aliado del príncipe sonrió para sí, decidido a dar a su amo numerosas y falsas alarmas, para que no pensara en otra cosa sino en vigilar el terreno que había ante la delantera de la cueva.

En efecto, durante aquel día le comunicó con frecuencia sus infundados temores, de modo que consiguió que el duendecillo terminara por estar alarmadísimo.

En cuanto llegó la noche, el nuevo criado salió para

hablar con el príncipe y comunicarle, también, dónde se hallaba la princesa.

El príncipe pasó la noche entera excavando con todo su vigor. Al amanecer se entregó al descanso, pero a la noche siguiente continuó su tarea, de manera que en breve hubo practicado un túnel muy largo y creyó que ya se hallaba a muy corta distancia de la cueva de la princesa.

Pero, por desgracia, ocurrió un accidente: del techo de la cueva cayó sobre él un grueso trozo de piedra y el pobre príncipe quedó tendido e inanimado. Por suerte, el muchacho que lo ayudaba, lo encontró allí, y yendo al encuentro del dueño de una casa cercana, lo hizo trasladar para que lo cuidasen.

Tres semanas tardó el príncipe en restablecerse. Un día acudió el criado del duendecillo a fin de manifestarle que ya sólo faltaban dos días para que terminase el mes del encierro de la princesa.

Alegre no quiso reponerse más y sí reanudar su trabajo.

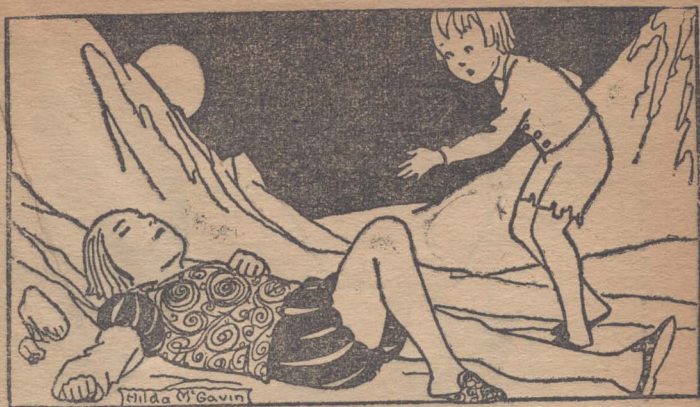
—Bien, llegaré a tiempo—decía el príncipe, muy animoso.

Y, en efecto, sin perder un instante, fué a reanudar su tarea. A la mañana siguiente comprendió que había alcanzado ya su objetivo, pues pudo oír la voz del duendecillo que decía:

—Sólo falta un día, Princesa Dorada, para terminar mi brebaje.

Oyó que la joven princesa se echaba a llorar y lo invadió la cólera. Sin embargo, supo contenerse. Y en cuanto el duendecillo se hubo alejado, reanudó, furioso, su trabajo, para terminarlo de una vez.

Durante aquel día y toda la noche siguiente la prin-



VIÓ QUE EL PRÍNCIPE ALEGRE ESTABA SIN SENTIDO

cesa estuvo percibiendo un ruido que le causaba cierta alarma. De pronto, en la pared de la cueva, apareció un agujero y por él entró el príncipe.

—¡Dorada! ¡Pobrecita princesa! Soy el príncipe Alegre y he venido a salvaros.

—¡Ya no es posible!—exclamó la joven.—El duendecillo está a punto de llegar.

En efecto, apenas la joven hubo pronunciado estas palabras, cuando entró Budín. El príncipe, al verlo, se arrojó contra él, espada en mano y exclamando:

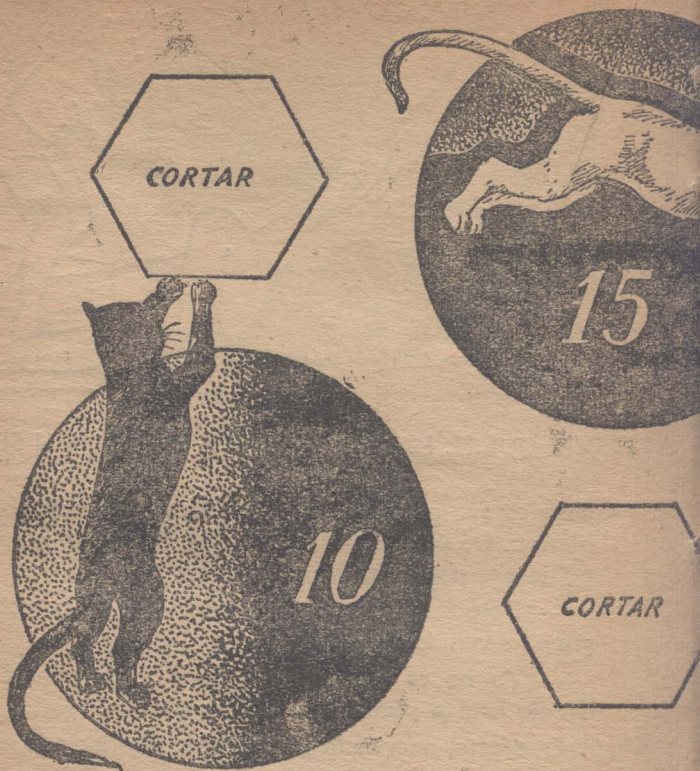
—¡Ya te tengo, maldito duendecillo!

Y le puso la espada en el cuello.

Budín dió un grito de terror y cayó de rodillas, pidiendo perdón.

—¡Vas a morir!—declaró el príncipe, en tono severo.

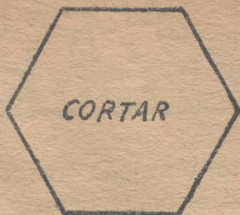
—¡Oh, espera un poco!—exclamó la princesa, recor-



EL RA

Recortad el cuadro, dobladlo hacia dentro por las líneas de puntos y pegad las esquinas para formar una bandejita igual al modelo. Luego se recorta la ficha donde está el ratoncito y también los exágenos que hay en el fondo de la bandeja, y ya podéis jugar.

Se trata de un juego muy sencillo: sólo consiste en que la



MODO DE
TOMAR LA
BANDEJA

ATONCITO

ficha pase a través de los orificios de la bandeja, anotando los tantos sacados. Gana el que primero llega a 50 tantos.

(La solución del laberinto misterioso de la semana anterior está en la página 32).



dando, de pronto, a Pipo transformado en sapo.—Ordénale que devuelva su forma al pobre Pipo.

Sin dejar de amenazarle con la espada, Alegre transmitió aquella orden al duendecillo que, en efecto, se apresuró a cumplirla, de manera que muy en breve Pipo se arrodilló a los pies del príncipe, para besárselos.

—Ahora vas a recibir tu castigo—exclamó Alegre.

Levantó la espada, pero cuando se disponía a herir, todos oyeron un estallido y Budín desapareció por completo.

—Ya no lo veremos más—exclamó Pipo, muy satisfecho.—Tenía un encantamiento para destruirse. Ahora podremos ser todos felices.

Los cuatro emprendieron el camino hacia el palacio del Rey. El muchacho que había contribuido a salvar la princesa, fué armado caballero por el monarca y Pipo se convirtió en el criado de confianza del príncipe, cosa que le proporcionó una satisfacción extraordinaria.

En cuanto al príncipe y la princesa, ya podéis suponer que se casaron y fueron muy felices.

LA OCA QUE CREÓ UN HURACÁN

Una vez había una oca gris tan grande, tan grande, que cuando agitaba sus enormes alas llegaba a originar una fuerte brisa. Cierta día se situó sobre un montón de tierra y agitó las alas con la mayor fuerza. Apenas lo hubo hecho, empezó a soplar un fuerte viento del Oeste, que casi hizo caer a la oca. Ésta, muy sorprendida, miró a su alrededor.

“¡Caramba!—pensó.—¡Vaya un viento que acabo de levantar! Y eso solamente agitando unas cuantas veces las alas. ¡Cuán poderosa soy! Voy a decírselo al señor Cerdo.”

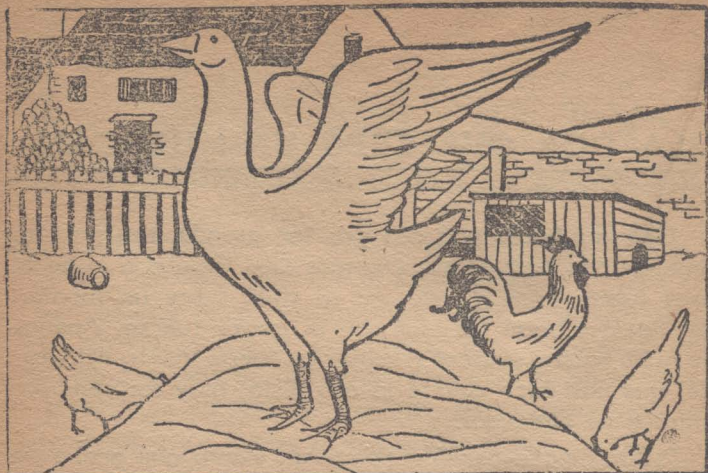
Se encaminó a la pocilga y encontró al marrano vuelto de espaldas al viento, porque no le gustaba recibirlo de cara.

—He de decirte algo, señor Cerdo—exclamó la Oca Gris con gran soberbia.—Estaba en aquel montón de tierra, he agitado un poco las alas y al momento he hecho soplar este fuerte viento.

—¡Qué cosa tan rara!—contestó el Cerdo, mirando a su compañera.—Vamos a decírselo al señor Pavo.

La Oca consintió, muy orgullosa, y los dos atravesaron un corral en busca del Pavo, que había buscado refugio contra el viento, ya casi convertido en huracán.

—Venimos a decirte una cosa, señor Pavo—exclamó el Marrano.—La Oca Gris ha agitado las alas unas cuantas veces y ha levantado este viento.



LA OCA GRIS EMPEZÓ A AGITAR CON FUERZA LAS ALAS

—Eso es muy curioso—afirmó el Pavo, mirando a la Oca.—¿Vamos a decírselo al señor Asno?

—Vamos—contestaron el Cerdo y la Oca.

Y atravesaron el campo, en dirección a un árbol, bajo el cual estaba el señor Asno, que intentaba protegerse del viento.

—Venimos a decirte una cosa, señor Asno—exclamó esta vez el Pavo.—La Oca Gris agitó unas cuantas veces sus alas y ha originado este fuerte viento.

—Es maravilloso—rebuznó el Asno, completamente asombrado.—¿Vamos a decírselo al amigo Cordero?

—Sí—contestaron la Oca y sus dos compañeros.

Y se dirigieron al extremo opuesto del campo, donde el Cordero estaba muy asustado a causa del viento.

—Venimos a hacerte saber una cosa, señor Cordero

—manifestó el Asno.—La Oca Gris agitó unas cuantas veces las alas y ha originado este fuerte viento.

—Eso es muy raro—declaró el Cordero, tan maravillado como los otros.—¿Vamos a decírselo al señor Caballo?

—Sí, vamos—decidieron todos.

Y se dirigieron a la cuadra, donde estaba el señor Caballo.

—Venimos a comunicarte una cosa, señor Caballo—dijo el Cordero.—La Oca Gris agitó unos cuantas veces las alas y produjo este fuerte viento.

—Es maravilloso—contestó el Caballo,—y si sabe hacer cosas así, conviene que la nombréis reina del corral.

Siguieron su consejo y nombraron reina a la Oca, la cual quedó muy orgullosa de sí misma.

El viento fué creciendo en intensidad, hasta convertirse en huracán, que arrancó tejados y chimeneas. Todo el mundo estaba asustado. Solamente la Oca estaba orgullosa, por haber sido nombrada reina y por ser autora de aquel fuerte viento.

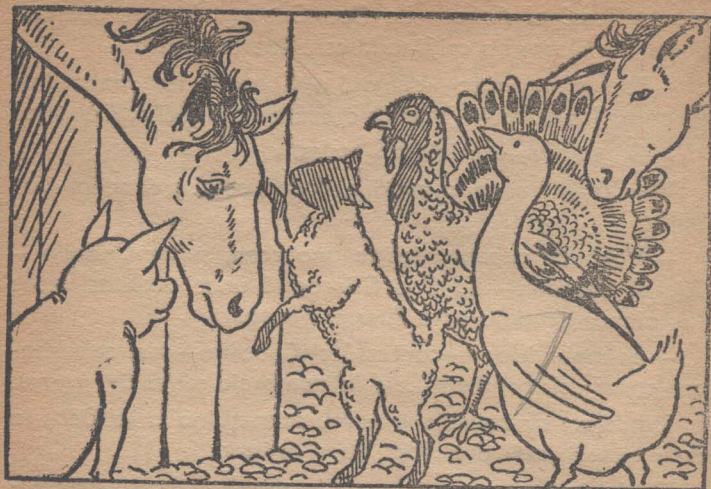
Poco después llegó el señor perro que se llamaba **Fiel**, con las orejas agachadas a causa del viento y, al parecer, muy enojado.

—¿Qué te pasa?—preguntó el señor Cerdo.

—Pues que me estaba comiendo un hueso estupendo, cuando el huracán me lo arrebató, quitándomelo casi de entre los dientes.

—Pero ¿no sabes la noticia?—observó entonces el señor Cerdo.—Acabamos de nombrar reina del corral a la Oca Gris, en premio de que, agitando las alas, originó este viento. ¡Es maravilloso!

—Nada de eso—contestó **Fiel**.—El huracán es muy



—HEMOS DE DECIRTE UNA COSA, SEÑOR CABALLO—
EXCLAMÓ EL CORDERO

desagradable y, además, me parece estúpido asegurar que una oca pueda originarlo. Pero, en fin, si es así, también sería capaz de hacerlo cesar y entonces tal vez pueda encontrar mi hueso.

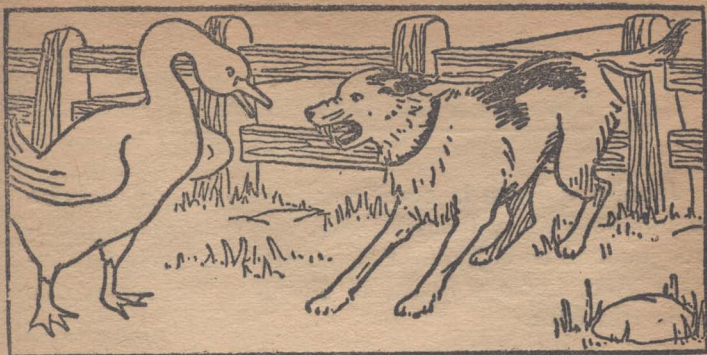
—No hay duda de que quizá pueda hacerlo cesar—
admitió el Cerdo.

Fueron los dos a presencia de la Oca y **Fiel** le dijo:

—Como este huracán es obra tuya, te ordeno que lo hagas cesar. De lo contrario te morderé, porque me ha quitado un hueso magnífico.

La Oca Gris se irguió al punto, abrió el pico y gritó:
—¡PARA!

Pero, como se comprende, el viento no le hizo caso, sino que siguió soplando todavía con mayor fuerza.



—TE DAS DEMASIADA IMPORTANCIA—OBSERVÓ
EL PERRO

—Veo—observó el perro—que eres una oca estúpida y vulgar, de modo que no puedes haber levantado este viento. Lo que pasa es que eres una presumida. Pero en fin, hazlo parar, porque si no, te muerdo.

—Pues sí, señor, yo he levantado este viento—insistió la Oca.—Mira, abrí las alas así y... ¡oh, oh, oh!

Sus exclamaciones estaban justificadas, porque el viento hizo presa de sus alas y la levantó, llevándosela rápidamente, de modo que todos se quedaron pasmados.

—Este es el resultado de meterse en lo que no se conoce—sentenció entonces **Fiel**.—Os aconsejo que cada uno se vaya a su vivienda y no salga hasta que haya pasado el huracán.

Así lo hicieron todos y en cuanto a la Oca Gris que presumiera de haber levantado un huracán, nadie sabe lo que fué de ella, porque no volvió a aparecer por la granja.

LA FIESTA DEL VECINO

Juanita vivía en la casa inmediata a la que ocupaba la familia Ruiz, y todos los días veía a los niños mientras jugaban en el jardín. Eran cuatro y se llamaban Dionisio, Ana, Lucía y Pedro, el último de los cuales sólo tenía tres años.

¡Cuánto le habría gustado participar de sus juegos! Pero los cuatro hermanos se bastaban a sí mismos y no tenían necesidad de invitar a nadie.

Juanita los contemplaba desde la ventana del desván de su casa y los juzgaba muy simpáticos. La madre de Juanita estaba enferma desde mucho tiempo atrás. La niña tenía una institutriz que le daba lecciones de lectura y escritura. Por esta causa no iba a la escuela y no tenía amigos.

—Si yo mejorase—le dijo un día su mamá—iría a visitar a las señoras vecinas y así podrías jugar con sus hijos. Comprendo que lo pasas muy mal, pobrecita hija mía.

—No te apures, mamá—dijo Juanita.—Además, soy algo tímida y los otros niños no me querrían como compañera de juegos.

Pero la realidad era que le habría gustado mucho. Los vecinitos se divertían en gran manera y la niña los contemplaba con mucha envidia.

Un día se dió una fiesta en casa de la señora Ruiz. Juanita lo supo porque el carnicero refirió a Anita, la

criada de casa de Juanita, que acababa de entregar cierta cantidad de picadillo de carne para hacer unos pasteles. También el panadero llevó panecillos y el lechero dejó un gran cubo de leche. Juanita observó igualmente que el cartero, aquel día, llevó casi una docena de paquetes.

Por la tarde empezaron a llegar niños invitados y poco después Juanita oyó que alguien tocaba el piano.

Bajó corriendo y poniéndose el abrigo subió al desván deseosa de mirar a través de la ventana, para ver cómo merendaban.

En efecto, así lo hizo y se quedó maravillada al ver que en el centro de la mesa había un grandioso pastel con el nombre de LUCÍA trazado con chocolate. Abundaban los pasteles de todas clases y vió también una ensalada de frutas.

Como la niña no había asistido nunca a una fiesta semejante se quedó admirada y cuando se fijaba en todos los detalles, pudo ver que el gato y el perro de la casa entraban en el comedor y olfateaban el aire. Luego se subieron a la mesa y empezaron a comer.

Juanita se acercó. Aquellos bichos iban a estropear la fiesta. ¿Qué podría hacer ella? Comprendía la imposibilidad de dar a entender que había estado mirando por la ventana. Pero al fin se dijo que no había otro remedio y se dirigió a la puerta de la casa, que encontró abierta. Entró en el recibimiento y oyó que otra habitación estaban cantando. Fué hacia allá y vió a todos los niños agrupados en torno del piano.

—Oíd—dijo Juanita.—Desde la ventana he podido ver que el gato y el perro están comiéndoselo todo.

—¡Dios mío!—exclamó la señora Ruiz, echando a correr hacia el comedor.



JUANITA VIÓ AL GATO Y AL PERRO QUE EMPEZABAN A COMER



LA RECIBIERON CON GRANDES MUESTRAS DE ALEGRÍA

Los animales, al oírla, se apresuraron a emprender la fuga.

—Por suerte, sólo se han comido dos pasteles—dijo la señora.—Pero si llegan a estar un rato más, no dejan nada entero. Te doy muchas gracias, niña, porque nos has hecho un verdadero favor.

—Me alegro mucho—contestó Juanita.—Espero que

me perdonará usted por haberme asomado a la ventana. Lo hice porque nunca he asistido a una fiesta y me llamó la atención.

—¿De veras?—preguntó la señora Ruiz.—Pues quedas invitada a la nuestra. Tú eres la niña de la casa inmediata y tu mamá está enferma, ¿verdad? Anda, ve inmediatamente a pedirle permiso para acompañarnos.

La niña oyó, gozosa, aquellas palabras. Volvió corriendo a su casa, pidió permiso a su mamá, se puso un traje de seda y volvió a casa de la señora Ruiz, en donde la acogieron con exclamaciones de alegría.

La niña se divirtió en extremo. Pero lo mejor es que en adelante ya tuvo amigos. Además su mamá la mandó a la misma escuela a que asistían los niños de la señora Ruiz y, desde entonces, todos fueron muy amigos.

ANA Y LOS DUENDECILLOS

Cierto día, Ana y Pedro, al levantarse de la cama, salieron al jardín. El sol estaba ya muy alto y los árboles proyectaban largas sombras. Además soplaba una agradable brisa, que hacía susurrar el follaje.

—¡Qué bonito está todo!—exclamó Ana.—Vamos a buscar nuestros globos, Pedro, y dejaremos que los arrastre un poco el viento.

Así lo hicieron. Los globos eran, respectivamente, de color azul y amarillo, y estaban provistos de largos hilos; resultaba muy agradable verlos ir de un lado a otro, impulsados por el viento. De repente, Pedro vio algo que estuvo a punto de hacerle soltar el hilo de su globo.

—¡Mira, Ana, mira!—exclamó.—¡Duendecillos!

La niña miró al suelo y, quizá no querréis creerlo, pero la verdad es que vió cierto número de duendecillos, muy pequeños, a los que perseguía una bruja no mayor que el dedo meñique de la niña. Los duendecillos estaban asustadísimos.

El hilo del globo de Ana se arrastraba por el suelo y los duendecillos se agarraban a él. Sopló entonces una ráfaga de viento y el globo se elevó a cierta altura, levantando a los duendecillos.

—¡Ah!—exclamaron satisfechos,—nos hemos escapado. Y ya no podrás cogernos, mala bruja, ni nos obligarás a ser tus criados.

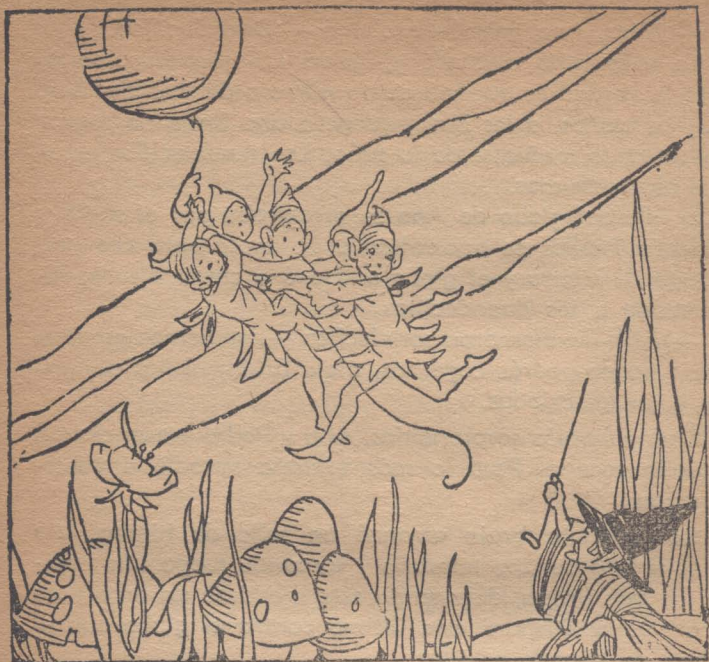
Cada vez más sorprendidos, Ana y Pedro presenciaban aquella escena. Pero lo más extraño sucedió a continuación.

La diminuta bruja arrancó un tallo de hierba, ató a él el hilo de una telaraña y tomando luego una espina de una ortiga, dispuso de este modo de un arco y de una flecha. Disparó esta última contra el globo con el deseo de hacerlo estallar.

—¡Oh!—exclamaron los duendecillos al advertir su propósito.—¡Vamos a caer!

Pero la bruja no dió en el blanco. Sin embargo, no se desanimó, sino que, tomando otra espina, la disparó también. Pero quiso la suerte que una nueva racha de aire cogiese al globo por su cuenta, desviándolo de la trayectoria de la segunda flecha y así se salvó otra vez.

—¡No debe usted hacer eso!—exclamó entonces Pedro, a quien el asombro no había dejado hablar hasta aquel instante.—Podría usted hacer estallar el globo de mi hermana y matar a los duendecillos que se han agarrado al hilo.



EL GLOBO SE ELEVÓ EN EL AIRE CON LOS DUENDECILLOS

La diminuta vieja no hizo ningún caso, sino que disparó otra espina y aquella vez tuvo el acierto de dar en el globo. Éste dió un estallido. ¿Qué sería de los duendecillos? ¡Dios sabe lo que hubiese ocurrido de no ser por Ana!

¿Qué os figuráis que hizo? Como a corta distancia descubrió una mata de diente de león, tomó los vilanos, sopló en ellos y todos los diminutos paracaídas que rodean la semilla salieron volando por el aire, en torno de los duen-



—GRACIAS. ALGÚN DÍA OS PAGAREMOS ESTE FAVOR—EXCLAMARON LOS DUENDECILLOS

decillos. Éstos, al notarlo, se apresuraron a agarrarse cada uno al correspondiente vilano, y de este modo pudieron sostenerse en el aire, en aquellos improvisados paracaídas.

¡Cuánto se alegraban de haber evitado una caída peligrosa! El viento los impulsó, llevándolos en sus alas y los duendecillos hicieron ademanes de despedida a los niños.

—¡Muchas gracias! ¡Algún día os devolveremos este favor!

Perdiéronse de vista y luego Ana y Pedro miraron al suelo y pudieron notar que la bruja estaba encolerizada a más no poder. Les amenazaba con el puño y les dirigía toda clase de insultos.

—¡Cállate!—dijo Pedro, inclinándose para amenazarla con su dedo índice.—¡O si no!...

La bruja se asustó y se apresuró a desaparecer.

—Temo mucho—dijo la niña a su hermano—que ya no volveremos a ver a esos duendecillos. De todos modos, hemos tenido una aventura extraordinaria. ¡Qué buena idea la mía al soplar los vilanos!

En efecto, no volvieron a ver a los duendecillos, pero poco después ocurrió algo raro.

A Pedro se le rompió el timbre de la bicicleta y la muñeca de Ana perdió su mejor par de zapatos. Pues bien, a la mañana siguiente, los dos niños encontraron en el antepecho de la ventana del cuarto de los juguetes dos paquetitos dirigidos a ellos, en un carácter de letra pequeñísimo. Dentro de uno de ellos había un magnífico timbre para la bicicleta y el otro contenía un par de zapatos de muñeca de piel azul y botones rojos.

—Este es el regalo de los duendecillos—pensaron los niños.—Se han portado muy bien.

En efecto, de este modo los duendecillos mostraron la gratitud que sentían por el auxilio que tan oportunamente les prestó Ana.



Solución del laberinto de la
semana anterior

del ESTUDIANTE ARGENTINO

CUADERNOS DE DIBUJO



Nuevas series con numerosas láminas para colorear, obras de expertos dibujantes, con hermosos modelos en colores. Todos los cuadernos contienen detalladas instrucciones sobre cómo debe pintarse y combinarse los colores, para facilitar el trabajo de los niños.

Nos. 39 al 42—Serie “Marujita”	\$ 0.15
„ 43 „ 46—Serie “Historia y Leyenda”	„ 0.20
„ 47 „ 50—Serie “Mis primeros Cuentos”	„ 0.40
Nº 51—El pato bromista	„ 0.50
„ 52—Isidoro halla un tesoro	„ 0.50
„ 53—El sueño de Periquín	„ 0.50
„ 54—Don Hipo en Cerdilandia	„ 0.50
„ 55—María la perezosa	„ 0.50
„ 56—El zorro bandido	„ 0.50
„ 57—El columpio	„ 0.50
Nos. 58 al 61—Serie “Aventuras”	„ 0.70
„ 62 „ 63—Serie “Cuentos Clásicos”	„ 1.—



Pídalos en kioscos y librerías y si no los encuentra, solicítelos enviando su importe en giro postal o estampillas a:

MIGUELETES 1023

BUENOS AIRES